

LUCHA A MUERTE

Así como los gladiadores de la antigua Roma no harían amistad con sus compañeros de entrenamiento, así yo, considerado por muchos como un gladiador moderno, debo de permanecer en soledad absoluta. Sólo, ignorando a mis compañeros, sin cruzar ni una sola palabra con ellos, como si no existieran pero siempre observándolos, sobre todo su entrenamiento. Todo el día encerrado, viviendo en una oscuridad completa para adaptarnos y poder dar lo máximo el día señalado. Mis ojos nunca vieron y nunca verán la luz. Yo, junto con mis compañeros, pertenecemos a una raza diferente, una raza especial, concebida únicamente para la lucha. Nuestro destino es cruel. Dentro de una semana el que combine mejor que los demás fuerza con velocidad se alzará con el premio: seguir viviendo y perpetuar nuestra raza.

Sólo hay rumores de nuestra existencia y de nuestra lucha sin igual. Si se enterasen los ciudadanos de a pie de las terribles batallas que llevamos a cabo, muchos temblarían de miedo. Los gladiadores no se han extinguido, tan solo hemos pasado a la clandestinidad. Todo el día entrenando nuestras mentes y nuestros cuerpos para el gran día en que se decidirá todo. Somos una raza guerrera por naturaleza. Nunca, a lo largo de toda la historia de la humanidad, hemos dejado de luchar. Sí, es verdad, algunas de las ramas a que ha dado lugar la evolución de la especie ha resultado ser una rama cobarde, pero lo han pagado muy caro, desapareciendo por completo. Es la ley de vida: sólo el más fuerte sobrevivirá, los demás morirán.

A veces tengo miedo. No quiero morir. Sin embargo, las reglas del juego están escritas. Aunque yo no quiera, en el instante en que abran las compuertas dejándonos en libertad, me sentiré abocado a la lucha. Mi instinto se pondrá de manifiesto. Incluso a mordiscos me abriré paso entre mis compañeros, con los que hoy comparto cama, alimento, sueños y esperanzas, no permitiendo a ninguno de ellos ponerse delante de mí.

El juego es muy sencillo. Hay que correr y llegar el primero a la meta. Sólo puede haber un vencedor - bueno, en algunas ocasiones se ha dado el caso de empate, aunque no suele ser lo habitual. Todo el trayecto se realiza completamente a oscuras, de ahí, que desde nuestro nacimiento se nos prohíba ver la luz del sol, para aprender a movernos entre tinieblas y tener más oportunidades de alzarnos con la victoria. A lo largo de todo el trayecto no encontraremos obstáculos salvo los que nosotros mismos nos pongamos. La carrera no tiene reglas, pudiendo hacer todo el daño que queramos a los demás competidores. Lo único importante es ganar. No jugamos para perder, aunque casi todos nosotros perderemos la vida. Pero no importa, puesto que para eso nacimos.

Me da pena mirar a mi alrededor y saber que quizás mañana la mayor parte de ellos estén muertos. A pesar de llamarnos gladiadores, no hay espectadores que disfruten con nuestro cruel juego, nadie nos observa, todos nos ignoran. Bueno, el único que disfruta es nuestro carcelero en el momento de abrirnos las compuertas iniciando así la lucha, pero luego nos olvida. En muchas ocasiones, llega a ser tan cruel que ni siquiera nos da una oportunidad, envenenándonos nada más salir de nuestro cuarto de entrenamiento. En estos casos no hay ni un solo superviviente. Rezo todos los días para que no nos hagan eso, por lo menos que nos permitan intentar continuar con vida. Porque si nos van a asesinar, ¿para qué nos han dado la vida?

Luego está el premio. El que sea más rápido, más fuerte que los demás, podrá fecundar al óvulo, dando vida a un nuevo ser. Ser un espermatozoide es cruel. Nuestra única finalidad de ser es llevar a cabo una lucha a muerte por la fecundación de un óvulo. Pero me siento contento de ser el portador de una nueva existencia. Me entreno todos los días para ser el vencedor. Quiero fusionarme con un óvulo y dar vida a una nueva persona. Por eso, lucharé hasta el final.

Autor: AMLP